

LOS ASES DEL TOREO

POR

UNO AL
SESGO



CHICUELO

EDICIONES ALFA

30 CTS.

OFFICE OF THE SECRETARY OF THE ARMY

1918

IN THE
OFFICE OF THE SECRETARY

3

UNO AL SESGO

LOS ASES DEL TOREO

ESTUDIO CRÍTICO BIOGRÁFICO
DE LOS PRINCIPALES DIESTROS
:: DE LA ACTUALIDAD ::



EDICIONES ALFA
MADRID-BARCELONA

Manuel Jiménez Moreno

“CHICUELO”

*Para mi querido amigo el
inteligente aficionado y pri-
mer «chicuelista» de España,
Enrique García Cellalbo, «Ca-
rrasclás».*

EL AUTOR

Esta vez se trata de un torero de grandes aptitudes para la profesión que ha abrazado; tan grandes, que si al hombre bastase para sobresalir reunir las condiciones necesarias, sin la firme voluntad de conseguirlo, este muchacho sería el número uno de los toreros en ejercicio actualmente.

Pero cualquiera diría que no quiere, y probablemente se equivocaría, porque no basta querer, es preciso poder querer.

Figura Manolo entre los que pudiéramos llamar toreros de carrera, de los que desde niños son destinados a la lidia de reses bravas, acaso creando en ellos una falsa vocación, que responde en ocasiones a una afición paternal y en otras a una ambición o deseo de lucro de pariente o tutor y en no pocas a una vanidad

que no siendo posible satisfacer con hazañas propias se quiere ver satisfechas de un modo reflejo por el pupilo, deudo o alegado.

Crear en un chiquillo de determinada clase social la vocación al torero, no es un gran problema.

Tiene para el mozalbete la perspectiva del traje de luces, aparte el brillo de éste, las ventajas (?) de la holganza, el no tenerse que sujetar a la disciplina de la escuela o al taller, el ser considerado desde pequeño casi como un hombre, el ver halagada su vanidad infantil con augurios de dicha basados en admiraciones unas hijas del afecto y otras del interés; y no se necesita siquiera tanto para que a los trece o catorce años una criatura enloquezca, la imaginación se desborde, y el más sensato de los chicos se figure predestinado por la Providencia para revolucionar al mundo con un cambio de rodillas o una estocada recibiendo.

Claro que estoy refiriéndome al niño de aquellas tierras y de aquellas clases en que todo el prestigio de la coleta se pone de manifiesto constantemente, y no tan sólo en el ruedo, sino en la calle, en la familia, en la vida de relación, siempre y en todos lados.

Ser torero, en esas regiones y en esas esferas, es el medio más rápido y eficaz, para manumitirse de la servidumbre, del hambre; para tener cortijos, casas, brillantes, caballos, amigos marqueses, admiradores de todas las calañas, ser el gallito entre las mujeres.

¿A qué muchacho se de hace entrever un porvenir semejante que no se aferre a tan risueña ilusión?

¡Y claro que quieren ser toreros!

Si el desgraciado ha de comenzar el aprendizaje en capeas, ya hoy casi imposible, luchando con el hambre unas veces, otras con reses resabiadas y marrajas, las falsas vocaciones al ser contrastadas de modo tan duro, como el azar no acuda en auxilio del principiante pronto se van eliminando ellas mismas, a no ser que esa vida de aventura y vagancia responda a una necesidad material o espiritual del torerillo; pero si esto

último no ocurre, únicamente los verdaderos aficionados, los verdaderos valientes, los verdaderos hombres de voluntad quedan, y esta selección es la que en otras épocas daba cuando no matadores de primera fila, banderilleros, peones, y el plantado nunca se agotaba, y los toreros olían que apestaban a torero.

Ahora con la "cria lucrativa de fenómenos", lo esencial, el toreo, ha pasado a ser lo secundario para el "artista", y lo primordial todo lo que trae consigo el ser torero, aquello precisamente que les hizo abrazar la profesión, y de ahí, de esa carencia de amor al oficio, que es tanto como amor al peligro, por el placer de vencerlo esas tardes, tan frecuentes en la mayoría de desgaña, de decaimiento, de apatía, que en seguida se manifiestan, así que han de habérselas con el toro, la lidia del cual requiera la adopción de recursos que se aparten de la consagrada y socorrida rutina, y no les permita sacar a relucir el toreo de salón, y se vean privados de "echar estética", (1), que es la base de la enseñanza que en los modernos procedimientos para la "cria lucrativa del fenómeno" se emplea hoy.

Todo eso ha traído tal trastorno al arte de torear, que en realidad de verdad nos hace pensar en que las tan cacareadas reglas, los tan encomiados principios tauramaquios no eran más que unas boberías sin fundamento que si los antiguos suponían con algún valor debía ser por su ignorancia, y si sabían a que atenerse engañaban a las gentes.

Los toros no "piden" ésta ni la otra suerte, éste ni el otro torero; no piden nada: se les debe torear por alto cuando resulta más cómodo que torearlos por bajo, al natural tantas veces como se dejen, de pecho siempre que al torero la venga en gana, con la derecha si puede lucirse más que con la izquierda, y así sucesivamente mientras embista, que entonces llega el momento de cuadrarlo, si se puede, para darle la estocada; y si no se puede, para algo llevan los peones capote y saben volver al animal.

¿Le parecerá mal al lector si insisto una vez más en evocar el recuerdo de aquel gran Joselito, que se llevó a la tumba todos los secretos de un arte en que se amaba lo que era deleite para el público y seguridad para el diestro, respecto a los derechos del aficionado y a los principios del toreo?

No puedo evitarlo. Los que no sientan como yo, que me lo perdonen; pero me es imposible hablar de toros y toreros sin hacerlo de aquel portentoso lidiador, cuya figura se engrandece con el tiempo, y tanto ha de echar de menos la generación que lo gozó.

¿Por qué si se intenta imitarle en lo exterior de su manera de torear, se olvida lo fundamental de su toreo?

Comprendo que pido gollerías.

El temperamento, el carácter, era lo esencial en él; gracias a eso, poseyó un amor propio, su dignidad profesional, su voluntad de ser cada vez mejor...

¿Y está entre las facultades del hombre adquirir un nuevo temperamento, un nuevo carácter?

Pero volvamos a nuestro torero.

Están lejanos ya aquellos días en que Montes afirmaba que para ser torero eran requisitos indispensables el *valor*, la *ligereza*, y el *perfecto conocimiento de su profesión*.

Si el gran *Paquiro* levantara la cabeza y viera, que con *mucho miedo*, hay *baldado*, que se "echa a torear" y sienta plaza de espada, sin saber a punto fijo para que sirve la muleta, como no sea para el ayudado, el molinete o el afarolado, se moriría nuevamente de asombro; y es que los tiempos han variado y la evolución ha traído la industrialización de un ejercicio en el que se puede ser gente por métodos abreviados, con la aplicación de sistemas novísimos, el cultivo intensivo de una aptitud, por ejemplo, en los casos más afortunados, pues no son pocas las veces en que lo que se cultiva es una ambición, de vanidad, o una ilusión infantil simplemente.

Ello es que para ser torero lo más preciso es querer-

lo ser y caer en buenas manos, sean estas las del padre, tío o tutor, apoderado o protector, que como haya alguna maña y algún ángel, a torero se llega, y se ocupa un puesto, y hasta no es cosa extraordinaria que ese puesto sea de los elevados, cuando menos durante una o dos temporadas, y en el concepto de estos o aquellos públicos.

Enrique Vargas, el inquieto e inteligente "Minuto", me decía hace unos cuantos años, cuando en Madrid con el ex matador de novillos el "Alcameño" pensaba fundar una escuela de tauromaquia:

—"Yo le aseguro a usted, que en un año hago yo un matador de toros, del primer muchacho que se me presente con ganas de serlo."

Y las razones que me dió me convencieron.

No se hace un Joselito, no se hace un Belmonte, ni un torero de ese temple; pero se "fabrica un torerito aseadito", "apañadito", que "apunte bien el toreo", que le "haga cosas al toro", que "si no fuera medroso", la mayoría lo son, diese mucho que hacer a los colocados.

¿Lo pone en duda el lector?

Pues hace mal; porque, toreritos de esos, "fabricados" u obtenidos por "cultivo intensivo", los tiene a la vista a docenas, varios en ejercicio todavía, otros desaparecidos tras un breve asomarse por el horizonte, y alguno "colocado" ya.

Dirase que si eso fuera así, que si con tanta facilidad se improvisaba un matador de toros, todos lo serían; pero si eso se dice, es que se habrá comprendido mal mi pensamiento o yo no habré acertado a expresarlo bien.

Mi teoría es que un muchacho que por propio impulso o por haberse creado el deseo, lo sienta de ser torero puede conseguirlo si tiene quien le enseñe a torear aunque sea de salón, y luego quien le procure manera de habérselas con el becerro, con el novillejo, con el novillo, etc., a su medida, para que ni le asuste ni presente fuera de tiempo dificultades insuperables para un aprendiz.

Ese tal, sin darse cuenta, se habrá hecho torero y si

al llegar a la edad propia, no se siente dominado por un miedo extremo, será matador de toros...

Así, pues, cuantos se hallen en esas condiciones, que eso es lo difícil, porque no todos cuentan con parientes, amigos y protectores que puedan facilitarles la enseñanza y prácticas necesarias, como en ellos exista afición, natural o artificial, aprenderán admirablemente lo que el toreo tiene de oficio, y sabrán torear a la perfección.

—¿Y llegarán a ser grandes toreros?

Eso es harina de otro costal.

No todos los que estudian con aprovechamiento una carrera, son grandes abogados, grandes médicos, grandes ingenieros, etc.; pero todos obtienen el título de abogados, médicos o ingenieros, y hasta es muy frecuente que lo obtengan con notas brillantísimas muchos que luego en el ejercicio de su profesión no pasan de ser unas medianías.

Lo mismo ocurre en tauromaquia al presente, y eso es lo que yo he querido decir.

Esto explica, para mí, que en la actualidad sea mayor que nunca el número de los que torear bien, y acaso escasean más los toreros propiamente dichos, o sea los diestro con cabal conocimiento de los recursos que el arte ofrece para la lidia y dominio del toro, lo cual se prueba a diario en las plazas, en donde es corriente observar en la mayoría de los lidiadores que las pisan, diferencias notabilísimas en su labor de una a otra res, por la sencilla razón de que no es el diestro el que tiene en cuenta las condiciones de la fiera, si no ésta la que se ha de prestar a la forma de torear de aquél, y como no posee el grado de bravura y temple requeridos, la sosearía, cuando no es la catástrofe, se impone en seguida.

¿Es qué, quizás, puede ser de otra manera?

A eso obedece que un Joselito en estos últimos tiempos, como antes un *Guerrita*, sobresaliesen de modo tan extraordinario entre sus contemporáneos, por que no tenían unas cuantas papeletas aprendidas del arte de to-

rear sino que dominaban toda la asignatura y añadían algo encima.

Guerrita por su gran inteligencia unida a sus años de práctica, *Joselito* por aquélla unida a su precoz afición que aumentó con el tiempo, fueron las moscas blancas de sus respectivas épocas por la sencilla razón de que tanto uno como otro, pusieron de manifiesto que se podía torear casi siempre bien a todos los toros, para lo cual si que son precisas las tres cualidades que **Francisco Montes** exige al lidiador, y una cuarta además, que ambos poseyeron en proporción inmensa: el gusto al oficio, la afición, el entusiasmo profesional.

Pero volvamos a nuestro torerito.

II

Manuel Jiménez y Moreno, “Chicuelo”, nació en la calle del Betis del barrio de Triana, de la ciudad de Sevilla, el día 15 d abril de 1902, y dicho queda que su padre fué el matador de toros del mismo nombre, apellido y alias, fallecido prematuramente a consecuencia de una dolencia, cuando el torerito que nos ocupa contaba cuatro años aproximadamente.

Eduardo Borrego, “Zocato”, era casado, lo es todavía y por muchos años lo sea, con una hermana del difunto “Chicuelo”, y al morir éste, a su casa se trajo a la familia de su cuñado, que había quedado en situación lamentable, porque los ahorros no cuantiosos del pobre **Manuel**, la enfermedad que lo llevó al sepulcro dió también al traste con ellos; así pues, de Triana se trasladó la familia a la calle de la Feria, cuando el futuro as contaba como se ha dicho, cuatro años, teniendo el animoso “Zocato” que luchar contra viento y marea para subvenir a las necesidades de una numerosa familia... de suegros, cuñados y sobrinos, pues hijos no le quiso conceder el cielo, quizás teniendo en cuenta que para los parientes por afinidad necesitaba de todas sus energías.

"Zocato", unas veces como banderillero de Enrique Vargas "Minuto", otras como organizador de fiestas taurómacas, más de una invernando en América, mal que bien, iba saliendo adelante, y así fueron pasando años.

Un día...

Pero de lo que courrió ese día prefiero que sea el narrador el estimado colega Moya de Arpi, que lo refiere de esta manera:

"Se había organizado una becerrada en "La Venta Taurina", una placita muy mona, pegadita a Sevilla, al alcance de la mano, como aquel que dice. Los aficionados de por allá la conocen de sobra. Tiene un parecido a la Puerta de Hierro de Madrid. En ella se daban muchos festejos taurinos que organizaba, en su mayoría, el tío Eduardo, y a ellos asistían señoritos que gustaban de estas fiestas.

La de este día era una fiesta grande. Lidia de un becerro, a cargo de jóvenes aristócratas de Sevilla, y merienda, a cargo también de un cocinero acreditado.

A esta encerrona asistió el hijo de "Chicuelo."

Al final, cuando los ánimos estaban más decididos y cada cual había narrado sus impresiones, y algunos habían descrito minuciosamente la sensación de los coscorrones recibidos, el señor Eduardo, como le llamaban algunos de sus incipientes discípulos, se encaró con el sobriño, que durante el dulce yantar no había dicho esta boca es mía, y le espetó de sopetón, a modo de postre:

—¿Y qué? ¿Tú quieres torear?

Y el chiquillo, cuadrándose como un quinto y mirándole fijamente, con aquellos ojazos que eran una bendición, le contestó con firmeza:

—¡Sí, señor!

—Pue, ¡ea! — dijo, como el que toma una determinación decisiva—. ¡Coge un capote y al avío!

Cogió el tío otro capote, ordenó que soltaran el torete, se puso a la verita del muchacho y...

¡Qué gracia y qué soltura, y con qué habilidad se despegaba el novillo del cuerpo! Los señoritos, que aun

sentían en sus carnes el dolor de los cardenales recibidos, estaban asombrados. ¿Pero era posible eso? ¿Qué un chaval, un mocoso...!

Y el tío, entusiasmado como el que más, cogió el trapo que a manera de capote usaba el sobrino; tomó un palo, lo dió en forma de muleta; le dió otro con un pincho en la punta y el chiquillio, como si llevara en la cabeza una idea mucho tiempo mantenida, sin haberla podido realizar jamás, en cuanto se vió con la muleta en la mano izquierda y el palo en la derecha, a guisa de estoque, y frente al novillo, arrancó todo seguido, con esa gracia, esa decisión y ese arte que hoy tiene y que todos le admiran. Y metiendo la muleta en los mismos hocicos del toro, y cruzando, como si eso lo trajera ya hecho, colocó un pinchazo delantero, en el cuello, sí, hasta donde le alcanzaba el bracito; pero saliendo limpio y fácil por los costillares."

Y desde entonces empezó el verdadero entrenamiento del muchacho. En cuanto había ocasión, al campo, al aire libre, a respirar a pleno pulmón. Y un rato con el capote y otro con la muleta, para dar soltura a los brazos, fortaleza al cuerpo y agilidad a las piernas, y, más que nada, para familiarizarse con ambas cosas a fuerza de ejercicio. Y todo esto acompañado de las lecciones y consejos que le daba su tío Eduardo, aprendidos con lo que él había hecho con los toros y había visto hacer a los demás.

Y cuando el chaval, algo espigadillo, no había apuntado sus diez añitos en el haber de su vida, ya comenzaron de lleno las lecciones prácticas, ingresando en la Escuela Taurina de Sevilla.

Y unas veces en la escuela, otras en la placita de la "Venta" y en la de "La Huerta del Lavadero", que habían construído para su recreo los hermanos Gómez Ortega, el muchacho se fué haciendo, se fué entrenando, con verdadero deseo de ser y llegar. Y era de ver al *chavea*, como le decían los que le consideraban como un chico en grande, con sus pantalones cortos, su chaque-

tilla ajustada por el cinturón y su gorrilla bien encasquetada en la cabeza, con qué habilidad jugaba la muleta.

Y una tarde de abril, gracias a don Antonio Pickman, mató un becerro en una plaza construída en el pueblo de Dos Hermanas por el distinguido aristócrata

La suerte estaba echada: Manolito sería torero, como lo fué su padre, como lo era su tío Eduardo, como lo es en Sevilla todo chaval que siente en su pecho la natural ambición que tantas cosas estimula, en aquel ambiente, el más propicio a semejantes vocaciones.

Ya decidido que Manolito había de seguir la profesión de su padre, en octubre de 1913, en la "Venta de Carancha", escuela taurómaca de Sevilla, se organizó una fiesta, en la que Manuel Arjona y Manuel Giménez Moreno, "Chicuelo", habían de estoquear dos becerros, y por lo que respecta a nuestro torerito, el éxito no puede ser más rotundo.

Por sus maneras, por su arte, por su intuición, dejó asombrados a los que aquella prueba presenciaron.

Así lo afirma Moya Arpi, del que quiero reproducir el siguiente párrafo:

"Le concedieron la oreja y las dos orejas y el rabo y hasta el becerro, y el público que había asistido a esta fiesta de la escuela, en un férvido entusiasmo, cogió al ruocete en brazos ¡como un niño que era! y en brazos lo paseó por las calles de Sevilla, y así lo llevaron hasta su casa del barrio de la Macarena, seguido de una multitud que a cada paso iba engrosando a medida que los curiosos se enteraban del suceso."

La prueba era definitiva.

A acabar de hacerse torero, decidió su tío Eduardo que fuera el chiquillo a Salamanca, donde acogidos con esa hidalguía castellana de que tantas pruebas vienen dando los criadores de reses bravas de aquel campo, sobrino y tío encontraron en seguida amigos y protectores que les facilitaron, en lo que en su mano estaba, los planes que allí llevaron.

Dos o tres inviernos dedicados al toreo en cuantos centaderos realizaban aquellos ganaderos, hicieron de "Chicuelo" el torerito completo, en lo que al conocimiento de su profesión se refiere, ampliando la base en que su personalidad tan sobresaliente pudo destacarse.

Porque en "Chicuelito", la personalidad, es decir, lo personalísimo, lo peculiar, lo propio, lo inconfundible de su arte, es lo que le dan su más elevado valor...

Pero de eso hablaremos a su tiempo y con despacio. Ahora s hora de acumular datos y hechos.

Con "material de enseñanza" a su disposición, a vacas y becerros nos referimos, y profesor de la experiencia de Eduardo Borrego a su lado, afición y ganas de ser torero, los progresos del muñeco fueron la admiración de los salamanquinos, como ya su intuición y maneras lo habían sido de los sevillanos.

Así las cosas, llegó el año 1917, y el 24 de junio, día de San Juan, en la propia plaza de Salamanca, se dió una novillada, en la que Manolito vistió por primera vez el traje de luces, alternando con un tal Bernardo González y Juan Luis de La Rosa, en la lidia y muerte de seis becerros de don José Manuel García, procedentes de los Arribas, de Guillena.

De su primer becerro le concedieron la oreja, y por su arte y variedad toreando fué ovacionado toda la corrida, de la que se habló mucho en Salamanca, por lo que a "Chicuelo" especialmente se le vió hacer.

Volvió a torar el día 30 con La Rosa, ganado de don Andrés Sánchez, de Buenabarba, de la misma procedencia que el anterior, y ese día cortó Manolo dos orejas.

El 25 de julio, siempre en Salamanca, alternó con Manolo Granero y Valls y "Reverte" de Valencia; el 5 de agosto, con Granero nuevamene; y después de la feria, a fines de septiembre, con Juan Luis de La Rosa y Manolo Granero, dió la última corrida, en la que los tres chiquillos, hoy matadores de toros, pusieron al rojo el entusiasmo de los salamanquinos.

Entre Salamanca y otras plazas castellanas, toreó "Chicuelo" en 1917, doce corridas.

Ocho toreó en 1918, en la que "Zoato" más que al sacro atendió a preparar a su sobrino para que pudiera entenderse con el novillo, pues hasta entonces sólo con becerras había actuado.

Comenzó en 1919, el 16 de febrero en la Plaza Vieja (Barceloneta), de la ciudad condal, como novillero, alternando con Emilio Méndez y Francisco Peralta, "Facultades", y novillos de don Pedro Salvador, hoy de don Antonio Velazco L. Zapata, y no pudo ser mejor la impresión que el niño causó a los aficionados barceloneses, desde el primer quite, en que se reveló la clase de torero que ante sus ojos tenían.

En Sevilla hizo su presentación el 19 de abril, con reses del marqués de Albaserrada, hoy de don José Bueno, acompañándole José Carralafuente y Juan Luis de La Rosa; en Madrid se presentó el 8 de agosto, novillos de don Antonio Flores, antes del Duque de Braganza, alternando con García Reyes y Joseíto Martín.

La última novillada la toreó en Ecija, el 27 de septiembre, con ganado de don Narciso Darnaude, antes Gregorio Campos, en compañía de José Puertas, "Pepete" y Juan Luis de La Rosa.

El 28 del mismo mes, en la plaza de la Maestranza, de Sevilla, Juan Belmonte le dió la alternativa cediéndole la muerte del primer toro perteneciente al conde de Santa Coloma. Era el otro matador Manolito Belmonte.

Como matador de novillos en 1919, toreó 44 corridas; y no fueron más porque a consecuencia de la cogida que sufrió en Barcelona el 22 de junio, tuvo que permanecer inactivo veinte días, y por huelgas y otras causas, perdió más de quince.

Desde la alternativa al 26 de octubre, que acabó la temporada en Murcia, como matador de toros toreó seis corridas, y doce fueron los toros estoqueados.

Confiró la alternativa en Madrid, de manos de Rafael Gómez "Gallo", en la corrida de la Prensa, cele-

brada el 18 de junio, en la que mató el toro "Volandero" de Veragua, y en esa temporada de 1920 toreó 63 corridas y estoqueó 133 toros.

No siempre durante esa temporada, vinieron bien dadas para el novel matador, y si es justo consignar que muchas veces más se esperaba de él, en general sostuvo su reputación de excelente torero, por que cuando no una faena completa ni menoss una tarde redonda se le pudiese apuntar en su haber, siempre hubo algún detalle, que proclamaba la excelencia de su arte.

En 1921, *Chicuelo*, ha seguido sosteniendo su cartel en las 69 corridas y 142 estoqueados, y aunque contra él han arreciado las campañas de prensa, sin que me toque a mí decir si justa o injustamente, pues de todo con seguridad debe de haber, es lo cierto que Manolo sigue ocupando lugar prominente en el escalafón toreril, y el número de los que en él aprecian las más brillantes cualidades es, con corta diferencia, el mismo que era.

A fines de temporada marchó al Perú y en la plaza de Lima hizo su presentación a fines de diciembre con éxito extraordinario.

Hasta hoy es cuanto la vida torera de Manuel Jiménez ha dado de sí.

III

Y digamos ahora lo que de *Chicuelo* opinamos.

Yo no recuerdo, en cuarenta años de aficionado, torero que haya toreado más bonito que éste; lo cual; fíjese bien el lector, no es decir que el hijo de "Chicuelo", de aquel otro Manuel Jiménez, que se malogró para la tauromaquia en edad temprana, sea el mejor torero que yo he conocido, ni mucho menos. Además, la categoría de ese muchacho en el toreo, no es lo importante ahora, y por lo tanto, su puesto en el escalafón no me preocupa.

Torero bonito como ninguno en la mayoría de los

lances y actitudes, sin más que esa gracia, que ese garbo, que esa sal, arrebató a los públicos, que no pararon hasta hacerle matador de toros y colocarlo en primera fila, al mismo lado de los ases.

Tenemos a Manolo con su alternativa a los diez y siete años y medio, a la misma edad, día más, que la obtuvo Joselito, y a los diez y ocho compartiendo con las primeras figuras los entusiasmos de la afición.

Estudiemos el caso, porque sería temeridad suponer que los públicos deslumbrados por esa gracia, esa elegancia, esa bonitura, de que antes se ha hablado, sin más fundamento, elevaran al chiquillo a innmerecidas alturas, o cuando menos a imprudentes alturas, en las que el mantenerse resultaba árdua empresa para las fuerzas de tan endeble criatura.

Los públicos, "la afición", pudo ocurrir que aceptase como suficiente una prueba que acaso no lo fuera; pero no debe olvidar el lector aficionado que cuando *Chicuelo* se presentó en las plazas como novillero, de sus proezas como niño prodigio, de su arte, se venía hablando ya hacía cuatro años, por lo que no fué una revelación para los aficionados, si no más bien una confirmación lo que en él se apreció. Que no es lo mismo...

Aquel niño confirmaba lo que de él se había asegurado, y revelaba una gran condición además: la personalidad.

Manuel Jiménez, desde el primer momento de su vida profesional, acusó tanta personalidad, que bien se puede afirmar que más que él no la acusó nadie. Haciendo lo que todos han hecho lo hace tan diferente, da un sello tan sepecial, tan inconfundible a lo que hace, y resulta tan bonito, tan artístico lo que remata, que ciego ha de ser quien no lo descubra, y poco amante de la belleza y de la gracia en la apostura y en el movimiento quien no lo admire.

¿Justifica esto — me preguntará el lector — el apasionamiento de sus partidarios?

¿Es bastante para que, por eso únicamente, se le haya encumbrado hasta colocarlo en la primera fila?

Vayamos por partes.

En primer lugar, yo soy de opinión que el que un artista escale un alto puesto en la consideración pública, no compromete al que con su aplauso ha cooperado al ascenso, a continuar aplaudiendo por el mero hecho de haber batido palmas en una ocasión; y sin que negarlas cuando deje de merecerlas signifique mudanza ni cambio de criterio, ni siquiera implique equivocación, pueda abstenerse de tocarlas y hasta trocarlas en censuras.

Pues bien; esto sentado, "Chicuelo" se presenta ante los públicos, y si en relación con su edad hace cosas admirables en la lidia de reses bravas; juzgado sin tener en cuenta más que el valor intrínseco de su labor, esta resulta muy por encima de la que en general llevan a cabo la mayoría de los diestros.

¿Qué aventura se corre en reconocerlo así, decirlo, y colocar al chiquillo en el puesto del escalafón que por su arte ha conquistado?

No; es que no se debe ser impresionable, es que hay que esperar...

¿Esperar, a qué?

¿A que deje de hacer lo que hace?

Pues no es necesario; cuando eso ocurra, con apearle del sitio que ocupa estamos al cabo de la calle.

Aquí lo único interesante es averiguar si aquello que le hemos visto ejecutar una tarde y otra al diestro merecía nuestro entusiasmo.

¿Está averiguado?

Pues entonces no hay más que hablar. Bien hicimos en entusiasmarnos, y dejarnos llevar de un optimismo creador de esperanzas e ilusiones, siempre preferible al excepticismo que no deja gozar del momento presente, y cierra todos los horizontes para lo futuro.

No, "Chicuelo" no es un torero general, dominador, fuerte, de recursos, que con todos los toros pueda ni de todos saque partido. Es otra cosa; y si para juzgarle hay que esperar a hacerlo con el toro "contra es-

tilo" que diría el "Gallo", los excépticos se salen con la suya.

Pero es más; aun en el caso de que en algunas corridas en la temporada que ha pasado, Manolito no haya puesto de manifiesto aquel celo, aquel ardor, aquel entusiasmo que por su edad se le podía exigir ¿acaso eso significaría que lo que ha hecho de gran mérito otras tardes no lo había hecho?

Vamos a poner que los optimistas se dejaron llevar de su optimismo, pero a condición de que los pesimistas convengan en que exageran su pesimismo, se complacen en exagerarlo, probablemente porque desde un principio creyeron postura más cómoda la excéptica y en ella se mantienen.

El año próximo, dentro de tres años, podrá el torerito sevillano huirse por completo, no arrimarse, olvidar lo que sabe, perder hasta la figura, pero eso no será obstáculo para que haya realizado hermosísimas faenas, con el capote y con la muleta, tan hermosas y tan grandes, como las mejores de los toreros más famosos.

¿Qué es lo que hay que tener presente para juzgarle?

¿Las tardes de apatía, de desaliento, de dejadez, de abandono?

¿Su labor con toros de difícil dominio, o faltos de bravura, o broncos o que no embistieran derecho?

Lo repito; así, con "Chicuelo" y con el 99 por 100 de los que visten taleguilla, los pesimistas, los descontentadizos, toda la caterva de pájaros de mal agüero, se salen con la suya.

Yo creo que en esas tardes y con esos toros, en todo aquello que el torero se haga acreedor a la censura, debe censurársele, sobre todo cuando no haya puesto de su parte todo lo necesario para demostrar al público deseo de complacerle; pero de ahí a negarle su historia entera y a borrar todo su haber, se me antoja que hay una enorme distancia.

Ahora analicemos lo que "Chicuelo" le hace al toro, y a ser posible veamos cómo se lo hace, y digo a ser

posible, porque es muy difícil dar idea de la forma, cuando en la forma radica precisamente todo el valor de las suertes que este torero ejecuta.

No basta la técnica taurómaca para que el lector, con respecto a ella, forme concepto acabado; viene aquí como anillo al dedo hablar de la estética, es decir de la filosofía de la belleza, no para describir, sino para contestar que no se puede hacer, lo que hay de admirable en la actitud, en el movimiento del cuerpo humano, cuando está poseído de la Gracia.

Su arte con el capote es maravilloso; sus verónicas, sus farolillos, sus lances de delantal, su media verónica, son inmejorables, por la gracia que pone en ellos, por el temple, por lo toreado que lleva al toro, por lo cerca que le pasa siempre, por la naturalidad que todo lo realiza, tan fácil, tan grande, tan airosa, tan gallarda, que no se concibe que de otra manera pudiese hacerlo.

No torea a punta de capote casi nunca, y es una lástima.

Con la muleta, el pase natural con la izquierda es suyo, por lo suave, por lo que manda, permitiéndole esta cualidad de su trasteo repetir varias veces ese pase, en que realmente parece que se pasa al toro todo entero por delante del pecho en la repetición.

Con la derecha torea igualmente con elegancia y visosidad y su repertorio es el selecto, sin mezclar desplantes y efectismos, que por lo demás no necesita.

Como matador se limita a cumplir decorosamente, pero no carece de estilo y de tanto en tanto se va recto detrás de la espada; pero, como ocurre a todos los buenos toreros, no es su fuerte la suerte suprema.

De novillero solía banderillar y siempre se lo vi hacerlo "al quiebro" con las cortas.

Tiene poca habilidad para descabellar, y el ser corto de brazos aumenta la dificultad, por lo que si los toros no están bien heridos, a veces tarda en acabar con ellos.

Tal es el artista y eso es a mi juicio lo que hace.

¿No es bastante para que sea uno de los mimados de la afición y que las empresas se lo disputen?

Diez y nueve años cumplidos, de constitución más bien endeble, de temperamento algo linfático, muy poseído de su valer, con carácter infantil y muchas cosas de niño todavía, ¿no son excusables ciertas apatías, algunas desigualdades y hasta pasajeros desfallecimientos?

Habrá visto el lector que antes me he clasificado entre los optimistas, y sin perjuicio de llamarme a engaño, excuso de todo lo que me parece excusable a "Chicuelo", y continúo fundando esperanzas en su arte, porque prefiero pensar que él, Granero, Marcial Lalanda y otros que vendrán, han de alegrarnos muchas tardes, a creer que ninguno de esos será nada y que todos acabarán en el montón en clase de visiones.

Si se empeñan en dejarme mal, peor para ellos.

Confieso que no me sorprendería a fin de cuentas.

Torero hay, y el lector aficionado dará en seguida con los nombres, que pudieron torear mucho a buen dinero, ganado escogido, en plazas principales, opta por actuar menos en plazas de tercer orden, con reses de las de peor cartel y cobrando poco.

¿Qué cómo es eso?

Porque el miedo no les deja reconocer que su caso es ese, y tal lo que les ocurre.

¿"Camará"?... ¿"Pacorro"?...

No, lector indiscreto, no aludo a nadie.

IV

Manuel Giménez, hasta ahora ha sido un niño, y por lo general, la psicología infantil, es poco complicada.

Muy modosito, muy correcto, muy circunspecto, esto es lo que por mí, por lo que yo he podido observar, me sería dable decir; mas hay que tener en cuenta que el muchacho conmigo no tiene ninguna confianza,

ninguna intimidad, y no es así ciertamente como los caracteres se revelan.

Pero me une con alguno de sus íntimos estrecha amistad, y por él sé que en su trato se hace Manolo querer, por sus muy buenas condiciones personales.

Este amigo, Enrique García, "Carrasclás", que a "Chicuelo" hijo ha trasladado el gran afecto que por "Chicuelo" padre sentía, y que no de ahora, sino en todo momento, ha sido para el muchacho un fidelísimo y cariñoso admirador, que paso a paso ha seguido sus avances, pues constantemente ha estado al habla con "Zocato", me ha referido cosas de Manolo, algunas de las cuales son dignas de divulgación.

La primera vez en que toreó en Barcelona, le faltaban todavía meses para cumplir los diecisiete años, lo que más le sorprendió de las Ramblas fué la multitud de gorriones que descubrió entre las ramas de los plátanos que sombrean la característica vía.

Muy serio el hombre, paseando con el mentado García, Antonio Vidal y algún otro de los antiguos partidarios de su padre, seguía la conversación con ellos; pero los ojos volvíanse con frecuencia a las copas de los plátanos, atraídos por los pajaritos, que con su algarrabia e inquietud ponían en grave aprieto la cachaza y formalidad del diestro.

Por fin, éste, dejándose llevar de un impulso que ni "Pepeíllo" ni Montes, de estar presentes, habrían podido contener, se acercó a "Carrasclás", y confidencialmente le preguntó:

—Oiga usted, don Enrique: ¿me dirían algo si subiera yo a esos árboles o coger pájaros?

Y los ojillos se le alegraban ante la perspectiva de tan abundante cacería

Tal era la mentalidad del torerazo que al día siguiente puso a chavo a Casielles y a "Facultades", en la plaza de la Barceloneta.

Hasta hace poco, sugeto a la disciplina que el celo afectuoso de "Zocato" le había impuesto, se conformaba

el chiquillo con unas pesetillas diarias para sus gastos, de vez en cuando sobrevénia algún "plante", nacido de que es muy difícil convencer a un muchacho de la verdad que encierra el refrán que dice: "El que mal te quiere te hará reir"

Si el torero es siempre presa fácil al parásito, que sabe halagar su vanidad, atacarle por el lado flaco, bailarle el agua, darle "coba", en una palabra, mucha mayor es la facilidad si el torero es un niño inexperto, con todos los apetitos insaciados y todos los deseos en vigilia.

La autoridad de Eduardo acababa siempre por imponerse por la fuerza del cariño y la del buen sentido del insubordinado, que no tardaba en hacerse cargo de quién era el buen consejero y quién el malo.

Hoy ya, con alguna más experiencia de la vida y mayor libertad de acción seguramente, no es de presumir que sea necesario hacer valer derecho alguno para que las cosas vayan por el camino que a nadie más que a él interesa.

El que hasta ayer fué un niño, hoy es ya un hombre, que en medio de su mismo triunfo ha saboreado, con toda seguridad, las amarguras del desdén y las tristezas de la postergación, aunque sólo haya sido durante el corto espacio de unos días; y eso debe servirle de enseñanza respecto a lo que se suponen conquistas sobre la opinión. Las veleidades de ésta serían terribles si no tuviesen una justificación, la de que no es posible que viva de recuerdos mientras pueda vivir de actos; así que contra esas veleidades no hay más que estar siempre alerta, para no ser víctima de ellas. Y el que así no lo haga, no le sorprenda luego verse menospreciado, que para el público solamente vale aquel que logra mantenerse en el puesto alcanzado, si no es que lo supera.

Si el niño otra cosa pensaba, el hombre descubrirá el error, y procederá, quiero creerlo, en consecuencia, en lo sucesivo, que es precisamente cuando más lo

ha de necesitar pues todo hace prever que se le avecina una lucha en la que el triunfo le aguarda al mejor armado, pues ya consideraciones de cierta índole se han acabado para quien como "Chicuelo" va a entrar en el tercer año de matador de toros y en el 19 de su vida.

Y sigamos hablando del carácter del mozo.

Tiene de sí mismo, como torero, el mejor concepto, pero no es jactancioso y atiende modestamente las observaciones que se le hacen, lo cual no es decir que más tarde, procede con arreglo a ellas, si es que no se rebela y promete la enmienda.

Le gusta mucho montar a caballo; en la ciudad, una de sus distracciones favoritas es el billar y cuando las circunstancias lo permiten, es gran trasnochador.

Las circunstancias han tenido, repitámoslo, cara de tío Eduardo, que vela y cuida por el mozo como si fuera su propio hijo; y cuenta habida que no los tiene y que desde que el niño contaba cuatro años, como antes se dijo, ha hecho con él las veces de padre, y en todos sus deberes y derechos, nada de extraño hay en que ahora por él se siga interesando con el cariño y la abnegación que pone en todo lo que a su sobrino afecta.

Sería una injusticia no reconocer que "Zocato" ha contribuído de un modo eficacísimo a que las grandes aptitudes del muchácho se lograsen, no tan sólo poniéndolo en condiciones de hacer un aprendizaje racional y metódico, si no sorteando en sus comienzos, como profesional ya, dificultades que únicamente la experiencia unida al interés por el principiante, podían salvar.

Ni el deseo de lucro, ni el afán de precipitar triunfos, han hecho variar en un ápice el plan que desde un principio se trazó Eduardo, para que por sus pasos contados llegase Manolo a la meta señalada.

Si no llega, cuando ya parece estarla alcanzando, no podrá exigírsele responsabilidad alguna a este Men-

tor, que ha puesto actividad, inteligencia, saber, desinterés, entusiasmo, en su misión; y más bien el culpable sería el propio Telémaco, que no debe olvidar que los públicos no se conforman con acatar reputaciones por grandes que sean, si los que las disfrutan no se ponen a tono de ellas constantemente, como antes se ha dicho y vuelvo a insistir.

No basta ser excelentísimo torero, es preciso demostrarlo con la mayor frecuencia posible y sobre todo no regatear jamás a los que al conjuro de un nombre llenan las plazas, el buen deseo, la buena voluntad de complacerles, aunque sea venciendo el propio temperamento, porque nada hay que produzca peor efecto al "paganos" que las apatías, los desfallecimientos, los abandonos, que atribuyen siempre a desconsideración, a desdén, y castigan con dureza las más de las veces

Con que eso tenga presente, la afición no le abandone y el amor propio se imponga en los momentos que sea preciso, recordándole lo que es, lo que debe a la "afición" y lo que a sí mismo se debe, los optimistas nos habremos salido con la nuestra, y en el puesto que está permanecerá si no es que se eleva unos peldaños más.

UNO AL SESGO

Enero 1922



Ediciones Alfa

Madrid : Barcelona

Los Ases del Toreo

(NUEVA SERIE)

Biografías y estudios críticos de los principales matadores de toros de la actualidad, por **Uno al sesgo**

Rafael Gómez «Gallo» : Luis Freg : Juan Belmonte
Julian Saiz «Saleri» : Rodolfo Gaona : Manuel
Varé «Varelito» : Manuel Belmonte : Ignacio
Sánchez Mejías : Manuel Giménez «Chicuelo» :
Manuel Granero : Ricardo y Juan Anlló «Los Na-
cionales» : Marcial Lalanda

...

Estas biografías han sido juzgadas por la Prensa como los estudios más completos hasta el presente hechos de los toreros a que se refieren. Las múltiples ediciones publicadas proclaman el gran éxito obtenido por su autor, el renombrado escritor taurino **UNO AL SESGO**

Biblioteca Friné

.....
LA NOVELA PARA TODOS

SE HA PUESTO A LA VENTA:

UNA BODA ORIGINAL

Preciosa novela de AURELIO SURAY

Cubierta bicolor de DONAZ

Precio : **35** cts.

Exclusiva para la venta de todas las Ediciones ALFA:

Sdad. Gral. Española de Librería

MADRID: Ferraz, 21

BARCELONA: Barbará, 16